
ANGELINA MUÑIZ

De la crisálida del limo escapará la mariposa



Hoy, 2 de febrero de 1981, en la ciudad de México. Puede que sea la fiesta de la Candelaria. Es la Candelaria. Los cohetes de fondo. Siempre el ruido luminoso de los cohetes. Que despiertan en la madrugada o acogen en el atardecer.

Caminas por la calle. Cualquier calle tan maltratada por el ruido y la crueldad. El asfalto y los altos edificios que aprisionaron el mito y la leyenda. Dónde quedó la historia, te preguntas. Abajo, muy abajo. Arriba sólo los volcanes y, si es posible, la luz.

Caminas por la calle, sin saber a dónde vas a parar. Pisas sin cuidado las piedras y el polvo que se escapa por las hendiduras. En lo hondo, los gritos reprimidos de los dioses olvidados. Ya no recuerdas nada. Ya no sabes nada. Todo te lo cambiaron. Los lugares sagrados fueron enterrados y ya no guardas la memoria. Tal cual monte que te parece diferente. Quizás allí estaba tu santuario. Pero lo ignoras.

Sigues caminando, porque así entretienes el tiempo de la muerte. Das vueltas cincuenta y dos años y el ciclo se te repite. Todo muere y todo renace. Todo lo purificas por el fuego, todo lo quiebras y rompes en pedazos. Hay sangre y desollados, corazones palpitantes y afiladas obsidias, reflejos rojizos en la nieve de los volcanes al atardecer.

La luz del invierno limpia la transparencia del aire y reconoces que el cielo es azul y las nubes espesamente blancas. Por debajo siguen las corrientes alternas de tanta agua olvidada. Sobre los canales y el lago, la ciudad de altas torres. Quién siente correr el agua bajo sus pies. Tú ya no.

Las antiguas calzadas que propiciaban el acceso a la, por otra parte, impenetrable y temida Tenochtitlan. Hoy, apenas las reconoces. Tacuba. Atzacapotzalco. Iztapalapa. Tlatelolco.

El polvo y el fuego que daban la razón a la profecía para ti se convirtieron en la sorprendente pólvora con la que hoy, juegas todavía.

(Los cohetes en lo oscuro del cerro.)

Y no importan las llagas en la piel o el hambre florida para perseguir la luz que se eleva al cielo.

Te preguntas, ¿qué hago aquí? ¿de dónde vine? ¿cómo

se llama este preciso lugar? Y un día te reconcilas con el difícil paisaje. No era lo que soñabas, pero sombra da cualquier árbol, y también frutos y flores.

El alto valle se extiende por los cuatro puntos cardinales y la frontera de las montañas es dueña de vientos y lluvias. Se alteran las estaciones y los colorines maravillan el invierno arrastrado. La leve flor de la jacaranda apenas se sostiene en la rama, prefiriendo teñir el suelo con reflejos del cielo.

Y tú, que venías del mar, desesperabas de ver el horizonte. Sólo calles y más calles y casas y más casas. Traías contigo tus cuentos y tus relatos, tus historias y tus dioses. Querías hartarte de caminar para olvidarlo todo, para borrarlo todo.



Y lo lograste. Sobre tus recuerdos agregaste otra capa de recuerdos y con ésta prefieres quedarte. No conoces los remordimientos ni la culpa. Ellos —esos ellos que tú bien sabes que están ahí— aflorarán cuando quieran hacerlo. Son como el volcán dormido y la aureola siempre presente de humo que anuncia fuego.

Ahora pisas descuidadamente esta tierra que encierra sangre y semillas que no presientes.

(Los tenues pasos de los ancianos ya no levantan eco.)

Pero este tu caminar inquieto te llevará, algún día, al lugar exacto y sabrás, entonces, que el rito empieza de nuevo. Año calli. Año tochtli. Año acatl. Año tecpatl.

